

**CUERPO PROPIO, CUERPO AJENO:
EL SENTIDO SIMBÓLICO
DE LA ENFERMEDAD EN FRAY ANDRÉS**
(RECOLETA FRANCISCANA, SANTIAGO DE CHILE, SIGLO XIX)*

OWN BODY, OTHER'S BODY:
THE SYMBOLIC MEANING OF DISEASE IN FRAY ANDRÉS
(FRANCISCAN RECOLETA, SANTIAGO DE CHILE, 19TH CENTURY)

LILY ESTEFANÍA JIMÉNEZ OSORIO

Universidad de Chile, Facultad de Humanidades,
Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025, Ñuñoa,
Santiago de Chile.
ljimenez@ug.uchile.cl

RESUMEN

El presente artículo se pregunta por la función que adquiere un suceso particular en el imaginario de la santidad: la enfermedad y el padecimiento de ésta. El caso de Fray Andresito es particularmente atractivo, puesto que éste es un Siervo de Dios,

* Este artículo fue realizado gracias al apoyo del Padre Fray Juan Rovegno, OFM, vicepostulador de la causa de Fray Andrés. Se ha entregado una versión preliminar de este artículo a la Recoleta para su difusión en apoyo a la causa de beatificación del Siervo de Dios.

por lo tanto, no goza de la santidad proclamada por la Santa Sede. No obstante, sus Vidas Santas y otros relatos lo tratan como si así fuere. En el margen de la santidad, Fray Andrés se enfrenta a la modernización del siglo XIX y reivindica la cercanía, el contacto, el gesto.

Palabras Clave: Enfermedad, santidad, modernización, Fray Andrés, siglo XIX.

ABSTRACT

This article questions the role of a particular event in the imaginary of holiness: the disease and suffering from it. Fray Andresito's case is particularly attractive, since this is a Servant of God, therefore, has no sanctity proclaimed by the Holy See. However, their Holy Lives and other stories supposes him as a saint. In the margin of holiness, Fray Andres faces the modernization of the nineteenth century claiming closeness, touch, gesture.

Keywords: Disease, holiness, modernization, Fray Andres, 19th century.

Recibido: 25-03-2010

Aceptado: 21-04-2010

PRESENTACIÓN

Salíamos un día del convento franciscano ubicado en la Recoleta con un puñado de calendarios de Fray Andresito. Al llegar al auto, un joven que pasaba me pregunta si acaso los vendo, le respondo que no, y entonces me pide uno. Accedo. Subimos a la camioneta y sale otro señor de un local. Compartimos un mismo pensamiento: nos van a cobrar por estacionar frente al local. Mediante señas y gestos, y sin ocultar un leve hastío, abrimos

la ventana y escuchamos qué quería el hombre, a lo que nos responde: “Mire, señor, yo aquí le cuidé la camioneta, le miré los vidrios, la vigilé...” y nosotros seguíamos pensando que nos iba a pedir dinero. “Bueno, ¿y qué es lo que quiere?”, le exhortamos, “Regáleme un calendario de mi santo, mire que yo soy tan devoto de Fray Andrés, mire cómo tengo sus estampitas en mi local, allí, allí mismo, en el vidrio, ¿ve?”. Sólo quería una imagen de Fray Andrés. Con mi padre recién comenzábamos a entender.

Y es que el presente artículo no puede ser explicado sin una aproximación personal. La devoción a Fray Andrés no puede ser entendida o explicada sin estar de alguna manera involucrado con el mismo. Demanda un lazo comunitario, un lazo fraternal.

Conocí la figura de Fray Andresito por medio de relatos familiares. Al comenzar a estudiarlo, aparecieron diversas conexiones; antiguas devociones familiares, vecinos devotos, alguna abuela que vivió por aquellos lares. Junto a mi compañero Hugo Rueda, hace ya algunos años, decidimos realizar nuestra investigación de tesis para optar al grado de Licenciados acogiendo el caso de Fray Andrés. Durante la investigación fuimos asistidos por el padre Fr. Juan Rovegno, ofm¹, quien nos proporcionó valioso material, entrevistas y acceso a la documentación que requeríamos. En nuestro trabajo enfrentamos a Fray Andresito en diálogo con un santo contemporáneo, nos propusimos analizar sus modelos de santidad desde una mirada estructural, denotando las diferencias y sobretodo las similitudes. Buscábamos conocer qué elementos dentro del imaginario religioso tradicional situaban a Fray Andrés en el lugar de santo y cuáles lo retenían en su actual calidad de Siervo de Dios. No obstante, tales ansias eran demasiado ambiciosas, puesto que las voluntades o motivos que retrasan su canonización escapan a los deseos de sus devotos.

El siguiente artículo complementa aquella tesis e instala una nueva mirada específica, sobre la práctica médica de Fray Andrés, que resalta su conmovedora caridad ante un complejo escenario de cambios sociales, políticos y económicos que vivía toda América Latina por aquellos tiempos. Si bien es una investigación acotada, se acompaña de la transcripción de uno de los manuscritos médicos de Fray Andrés. De esta manera, se abre espacio a nuevas investigaciones asociadas en el tema. Aún queda mucho por seguir

¹ Del latín *Ordo Fratrum Minorum*.

investigando: confrontar material médico, explicitar los saberes envueltos en la práctica de Fray Andrés, por citar algunos ejemplos.

La devoción a Fray Andrés sigue en vigencia, y mantiene aún muchas cosas que decir. Invito a todos aquellos que se han acercado a él a descubrir, discutir y observar todas estas particularidades que han hecho de este humilde lego un santo requerido, querido y conmovedor.

1. INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX la salud pública pasa a formar parte del orden político. En aras de la construcción nacional como países independientes, diversos problemas relegados a otras instituciones sociales, específicamente a la Iglesia Católica, pasan a formar parte de la agenda gubernamental. Esto forma parte de un proceso de mayor alcance, pues se inscribe en la modernidad decimonónica que va guiada por la separación de las esferas de conocimiento, la especialización de los sujetos, y la desacralización del cuerpo, entre otros. Podemos hablar de un imaginario de la razón² que pretende iluminar cada rincón de la vida cotidiana, cada espacio visible y asible de la existencia humana.

En este contexto, diversas publicaciones han dado lugar en la escena pública: diarios de viajes, guías para enfermeros, novelas de aventuras o cartillas. Entremezcladas estas escrituras, un género parece destacar: aquellos de instrucción médica, farmacéutica, vidas dedicadas a la práctica médica³.

² Este concepto es acuñado por Gilbert Durand, quien define el imaginario como un *dinamismo organizador* del pensamiento sensible de ser visualizado como modelo y diseño del mismo. En este sentido, un argumento, una reflexión y toda producción intelectual está irremediablemente unida a una forma general de producción, es decir, cada manifestación intelectual se inscribe en una forma superior de entender, asir y decir simbólicamente las cosas. Plantea entonces que el *imaginario de la razón* es una forma más de entender y explicar el mundo, sin por ello dejar de ser mítica o religiosa, lo cual sume a la razón a una nueva mitología (Durand 144).

³ En el trabajo de Rafael Sagredo, "Nacer para morir o vivir para padecer. Los enfermos y sus patologías", se analizan muchas de las enfermedades que asediaban en el siglo XIX a la población chilena. Para levantar el catastro de afecciones, revisa una serie de dichas publicaciones, tanto privadas (cartas, diarios, cartillas de uso familiar) como públicas (revistas, tratados), y así denota el sentido interés por estos problemas en Chile (Sagredo 47-51).

Entre notas escondidas y deambulantes, nos encontramos con la figura de un fraile franciscano, Fray Andresito, quien se ocupa de ejercer bondadosamente el cuidado y sanación de algunos enfermos. Este lego habría llegado a América desde las Islas Canarias alrededor del año 1832, instalándose en Montevideo, Uruguay. Tras algunos desencuentros en aquella ciudad y la transformación del convento en cuartel militar, llega a Santiago alrededor 1839 donde es recibido en la Recoleta Franciscana de la ciudad. En este convento ejerció labores de cocina, fue limosnero, ayudante de enfermería, no obstante, como relata Fray Manuel de la Cruz Villarroel, estuvo siempre atento y dispuesto a ocuparse en ayudar a los demás. Médico con la ayuda de Dios, como él mismo se escribe, nuestro recoleto se encuentra en medio de esta tensión histórica: hospitales y sanatorios por un lado, enfermos en sus casas, por otro, y gente que sencillamente no tiene acceso a ninguna de las anteriores. En este escenario, Fray Andresito marca una diferencia. Sostengo que una de las características que distinguen a Fray Andrés de otros santos y Siervos de Dios es precisamente ese encuentro con la modernización: se ocupa del conocimiento médico, tiene acceso a algunos tratados y, asimismo, hace gala de una tradición curativa propia de su origen canario en diálogo con adquisiciones americanas.

Los procesos modernizadores abren una profunda herida en el cuerpo social: el nuevo estado de cosas escinde la privacidad, aleja a los enfermos de los conventos y los expone en los hospitales públicos, escuelas de Medicina, Casa de Orates. Fray Andrés se anota en esos espacios: entrega calidez allí donde el sujeto enfermo ha sido desgarrado y transformado en paciente.

A partir de sus notas médicas y de la Vida de Fray Andrés García escrita por su contemporáneo Fray Manuel de la Cruz Villarroel, se indagará en el problema de la enfermedad en la obra de este Siervo de Dios, con el fin de ponderar su sentido simbólico en relación a la santidad del recoleto y su relación entre el cuerpo propio y el cuerpo del prójimo.

2. DE LOS MODELOS DE SANTIDAD

Los santos, en general, requieren de ciertas características determinadas para lograr el elevado nivel de santidad que es necesariamente sancionado por la máxima autoridad eclesial, el Sumo Pontífice (Quintana Bescós

43). Dichas estructuras legales son acomodadas a los santos y condicionan el orden del discurso que se erige para aprehender la santa piedad de un sujeto de tal renombre. Podríase desde ya esclarecer el carácter canónico del carácter cotidiano: la santidad es tanto una calidad divina (Dios mismo es santo y de él proviene toda santidad) ejercida en la vida mundana, como una sanción legal del Papa, para la cual se necesita de una causa compendiada por especialistas, testimonios y relatos que nutran el modelo de santidad que se desea obtener. Fray Andresito se encuentra a medio camino de su santidad, puesto que su figura aún yace entre los relatos populares y las pruebas necesarias para su condecoración (Jiménez y Rueda 21-44). Se desprende, entonces, que toda producción literaria que busque colaborar en este camino reafirme tales características, y es por ello que trabajaré desde un lugar desdoblado: por un lado, la biografía de Villarroel nos aporta un modelo hagiográfico muy popular en su época, y desde otra arista, el cuaderno de notas médicas de Fray Andresito nos abre el espectro de situaciones a las que se enfrenta a diario, donde deja ver entre grietas a quienes más auxiliaba. De un lado a otro veremos cómo opera la enfermedad en tanto símbolo respecto del modelo de nuestro fraile.

En rigor, la figura que se ha construido de Fray Andrés descansa ostensiblemente en un modelo tradicional barroco de la santidad. Su construcción debe mucho al modelo hagiográfico instalado por Pedro de Ribadeneyra en su obra *Flos Sanctorum*, donde la vida de cada santo del tipo confesor está denotadamente marcada por episodios que toman la vida de Jesucristo como ruta de hitos a seguir. Se destaca en ellos la idea de un nacimiento de alguna manera anunciado, una niñez intachable, una juventud serena y una madurez plenamente dedicada al servicio del Señor. Los segmentos que marcan los estadios etéreos pueden distinguirse por situaciones de riesgo en la que el apelado actúa según las virtudes que se pretenden desarrollar en su biografía. Entre uno y otro episodio, el autor aprovecha de filtrar digresiones teológicas o morales para la instrucción del lector. Es por ello que los ejes axiales de la vida de Fray Andrés en la escritura de Villarroel son la caridad, la humildad y el sacrificio; virtudes que se relacionan directamente con la compasión, en la medida que hacen el entronque con el problema del sufrimiento ajeno. Fray Andrés en su calidad de curandero busca suprimir el dolor en los demás, y así hace eco del discurso médico moderno centrado en la disminución del dolor en todos sus aspectos.

Fray Andrés habría compadecido las miserias a que está sujeta a la humanidad, aún cuando las sublimes prescripciones de la Religión de caridad no lo hubiesen ordenado. **Compadecía, pues, a los desgraciados**, pero no se contentaba con un sentimiento estéril e infructuoso de compasión, sino que de esta pasaba a la ejecución, procurando remediar las miserias ajenas con todo aquel empeño que cada uno pone por cesar las propias. ¡Procedimiento extraño en este siglo de egoísmo: en que la conmiseración, la misericordia y la protección real parecen haberse vuelto al cielo de donde descendieran a la tierra en la persona del Hijo del Eterno! (Villarreal 95, énfasis mío).

En esta cita se puede apreciar el doble juego de la hagiografía; retrato de la compasión y llamado sobre sus lectores. Villarreal señala su siglo (el XIX) marcado por el egoísmo. Incluso podríase pensar en la exaltación de la individualidad en contraste con la preocupación del Siervo de Dios. Es importante destacar cómo Villarreal se detiene en los desgraciados, quienes podrían ser gran parte del cuerpo social, mientras que Fray Andrés, para sus adentros, es mucho más enfático al respecto, al titular su cuaderno de la siguiente forma: “*Remedios para curar algunas enfermedades tanto internas como externas que suelen atacar a los pobres*” (*Recetas de Fray Andrés* fol. 1). Cabe destacar las diferentes focalizaciones: la Vida de Fray Andrés está dedicada a todos los devotos y conocidos del fraile, a todos aquellos que disponen de los medios para adquirir y leer el texto, en cambio, el cuadernillo de notas es completamente confidencial: son notas escritas en leves instantes, en momentos de tránsito. Ello admite confidencias con *uno mismo*, lector y escritor en la misma persona: notas escritas en el reflejo de la intimidad.

No ha de ser extraño el encontrarnos con otros sujetos que comparten las características de este Siervo de Dios. Es el caso de Fray Pedro Bardeci, franciscano también, que vivió en Santiago de Chile hacia el siglo XVII (Millar 13). Este lego con fama de santidad presenta los mismos rasgos de humildad, compasión y caridad. Ejercía, asimismo, oficios innobles, con la misma dicha que Fray Andrés hacía los suyos. No podemos olvidar que el modelo franciscano de vida ascética es la principal inspiración de estos legos, sin embargo el tipo de virtudes a destacar, las obras que se les reconocen, y los hitos en sus vidas parecen converger. Sostengo que los modelos de santidad a los que apelo no son abstracciones de los santos en vida, sino patrones concretos a los que se deben apelar para llegar a ser declarados

santos. Existe una red legal que prescribe y soporta tales modos para ser santo, pero, por otro lado, su popularidad no se debe necesariamente a la respuesta y promoción institucional, sino que sus relatos toman cuerpo en su tránsito social, y en ese camino, que suele apartarse del dogma, se encuentra la particularidad de cada uno. Propongo que la carga simbólica que porta el problema de la enfermedad en los relatos de Fray Andrés marca una singularidad que lo ancla a su época y que a la vez le ayuda a trascender los modelos tradicionales, puesto que constituye uno de los elementos centrales de su fama de santidad.

En una primera instancia, el motivo de la enfermedad en los relatos de Fray Andresito busca reafirmar la humanidad del mismo, al destacar el llamado a la santidad que exhorta a todos los cristianos. Es por ello que estos padecimientos acontecen tanto a sus pobres, a los niños, a los sacerdotes y a él mismo, pues ellos acaban con la propia vida del lego. En este sentido, puedo afirmar que existe una guía de dolores y enfermedades en la construcción de la Vida de Fray Andrés que responden, según sea el caso, hacia los devotos, una sanación; hacia los sacerdotes, una ayuda; hacia él, la voluntad de Dios. Este recorrido es particularmente distinto y marca el punto de inflexión respecto de los modelos tradicionales.

En otros santos, como es el caso de Santa Rosa de Lima, la enfermedad es vista como un envío del Señor, y es él quien se encarga de que la Santa así lo entienda.

Enfermó [Santa Rosa de Lima] en una ocasion inflamándosele la garganta, de forma, que ni podia comer, ni beber, sin grandísimo dolor: Apareciósele su Magestad, y para aliviarla de el achaque, y entretenerla en su melancolia muy apacible la dixo si gustaria de jugar á los dados; y que fuese condicion del juego, que el que ganasse avia de pedir en premio de su suerte lo que quisiesse.

. . . Ganó Rosa, y reconvinole á su Magestad, que pagasse, y preguntándole que paga queria? Dixole la Esposa Santa, se sirviesse de quitarle aquella inflamación que tanto la desconsolaba. Vio el Señor que a la Santa le convenia el padecer, y a sus mayores dolores, se le avian de añadir mayores meritos; y sin responderla cosa alguna, volvió a echar el dado, y dexole en el mayor punto. Echole Rosa, y fue menor; Rosa pedía su primera ganancia; el Señor tenia la segunda, y con su Sabiduría infinita compuso las ganancias en que su Magestad, fue aumentarla los dolores, que toda aquella noche no la dejaron sossegar

un instante; y la ganancia de Rosa fue en paciencia que su Magestad la dio para sufrir el tormento que sentía (Lorea 148-150).

Aunque ella quiera disminuir sus dolores para poder comer o hablar sin molestias, su Santo Esposo le recuerda su voto de obediencia y sumisión ante su voluntad. De este intrincado juego, propio de la escritura barroca, se concluye que ambos ganan, la primera en acatamiento y el segundo en rigores para que Rosa aprenda aún más sobre los misterios de lo divino, que en este ejemplo se descarga en la sabiduría de la elección de Jesús.

El caso de Santa Rosa es especial y difiere de Fray Andresito. No obstante, al ser la primera Santa de América es la figura sobre la que se levantan las pautas a seguir. A diferencia de nuestro franciscano, ella no muestra conocimientos médicos, sino que su modelo está dirigido hacia la paciencia y la sumisión. Ciertamente esta divergencia se funda también en la diferencia de género. Sin embargo, la enfermedad es un motivo para ganar en paciencia, virtud destinada a las mujeres castas, y aumentarla en dolores para no contravenir la voluntad de su santo amado. Como se puede apreciar, la enfermedad es un vórtice dentro de los modelos de santidad. Ella juega a pleno como carácter ambiguo, pero eficaz.

Lo que distingue a Fray Andrés de un santo inscrito en su modelo de santidad, reconocible como tradicional y de rasgos barrocos en cuanto a su construcción hagiográfica, es su transversalidad social y su enfrentamiento a los problemas que trajo la modernización a América. La enfermedad en la ciudad sigue causando estragos como era en los siglos tardo-medievales y la respuesta del Estado apunta a los centros de reclusión (vigilante) para poder sanarlos. Esta situación de exposición repentina produjo una rasgadura en el cuerpo social: la medicina moderna es inhóspita. Es un momento oportuno para suturar esa rasgadura y levantar un puente entre las tradiciones de su tierra⁴, los conocimientos de la enfermedad y una que otra ayuda de lo milagroso.

⁴ Rosario Cerdeña toma el Recetario de Fray Andrés y realiza un seguimiento de las plantas y métodos citados en sus notas para concluir que muchas son de origen canario, explicando la adquisición de estos conocimientos durante la juventud del lego. Ver Cerdeña.

3. LA COMPASIÓN: ENCUENTROS CON EL DOLOR

Para poder establecer algunos de los conceptos que enfrenta Fray Andrés en sus encuentros con la medicina moderna, señalaré algunos de los componentes centrales de ésta para definir qué llamaremos como tal. En primer lugar, la disociación del cuerpo y la enfermedad fue un primer indicio del análisis anatómico del cuerpo. Hacia los siglos XVII y XVIII la enfermedad tenía una fuerte carga moral; el cuerpo enfermo era un cuerpo moralmente cuestionable, puesto que su aflicción era vista como consecuencia de algún acto reprobable o bien como castigo divino. Es, en cierto sentido, la manera en la que Santa Rosa vivía la enfermedad. Hacia el siglo XIX, esta concepción se interrumpe en aras de las investigaciones empíricas que condujeron a situar la enfermedad en un cuerpo físico y tangible por sobre su asociación al cuerpo social. Dice Teresa Porzecanski al respecto:

El proceso por el cual la patología se volvió *anatómica* fue a la vez fundante de un campo científico e ideológico, en sentido amplio, en el que la preocupación principal fue la elaboración de un diagnóstico preciso y detección de las transformaciones anatómicas que la enfermedad configuraba . . . Este devenir . . . configuró hacia el presente siglo, el lento modelaje de un *acercamiento empírico* al cuerpo, empirismo que centró a la enfermedad y a la muerte en a) el espacio individual —es muerte de un alguien en particular— y b) el espacio profano —ocurre en un cuerpo material, de existencia real (93).

Podríamos inscribir claramente a Fray Andrés en este proceso de medicalización de corte empirista, dado el sentido y esquema que tienen sus notas. Se puede apreciar en su manuscrito cómo identifica enfermedades y les sigue un remedio, y luego otras posibilidades para tal curación. Anota en sus hojas:

Para el mal de garganta. La chancaca con rosa se le echa un poco de agua caliente y se hacen gárgaras.

Para los pujos. La linaza se cuece primero con agua y se la cuele en leche. Se le echa un huevo y unas pocas amapolas. Se le echa una lavativa.

Para llagas en las manos. Una poca de poliora [sic] molida se echa en una poca de grasa a derretir y se cinta. Es bueno [para el] dolor de espalda el aguardiente.

Tomar los buches y rociarle la espalda, y abrigársela con un pañuelo por parte de noche. Otro: almidón de trigo en un vaso se echa con agua y se desmigaja, y se deja al sereno y se toma de mañana es superior. (Recetas de Fray Andrés fol. 5).

No se describen las circunstancias ni relata situaciones concretas, a diferencia de la mayoría de publicaciones médicas. Fray Andrés simplemente identifica y repara. Como un listado de pequeños encuentros diarios, un día tiene niños, otra jornada, adultos con heridas, e incluso afecciones más pudorosas que no aprehenden un sujeto específico. Es el caso de las conocidas almorranas, de las cuales tiene muchos remedios para distintas ocasiones:

Un poco de sebo se echa a derretir, y luego de derretido se le echa un poco de aguardiente hasta que se espese. Se unta y se lava[n] primero las almorranas con agua caliente con sabuco y leche [por] partes iguales . . . Otro: la grasa lavada en el sumo de las visnagas para almorranas . . . Ungüento para las almorranas. De aceite común añejo, de sumo de hojas de saúco y tomates bien maduros, y de opio [como tintura] tebaica y cera amarilla, y los palitos de los pezones de las berenjenas (Recetas de Fray Andrés fol. 6-7).

De esta manera, las dolencias son atendidas según sea cada una. Identificadas y ordenadas, Fray Andresito no reclama orden moral, sino que entiende parte del origen de la enfermedad y sin duda conoce medios para apaciguarla. Difiero de Rafael Sagredo⁵ cuando trata estas prácticas como placebos sin efecto alguno, puesto que se relatan curaciones a las que se les otorga un crédito compartido con lo maravilloso del milagro. Además, cada remedio preparado va acompañado con un gesto que ritualiza la curación misma.

⁵ No comparto su visión respecto de la medicina tradicional y sobre todo por su ciega creencia en la medicina contemporánea, sin cuestionar o historizar el momento presente, es decir, el *locus* desde el cual él mismo plantea su análisis de las enfermedades decimonónicas. Cabe señalar que tal apreciación la aplica en un primer momento a las enfermedades de difícil tratamiento, como es el caso de la sífilis, pero en su conclusión extiende tal categoría a todas las prácticas curativas existentes en la época.

Para los niños que tienen segias: un agüita de arroz con goma arábica, pan francés, y se echa en efusión un poco de mastuerzo: **y en el vientre se le pone una tortillita con un huevo frito en sebo**, guardando dieta de la fruta que los enferma mucho (Recetas de Fray Andrés fol. 7, énfasis mío).

En esta receta se recomienda un remedio, una dieta, y una tortillita con huevo en el vientre de un niño enfermo. ¿Qué efecto podría provocar en el pequeño este gesto? Además de abrirle el apetito y calentarle el estómago por el efecto de la tortilla cocida, es una especie de rito: presentar comida al enfermo y mostrarle qué puede comer y qué no. Además debe entenderse este gesto en un contexto donde no existían los recursos alimenticios necesarios para llevar una dieta a consciencia y donde la fruta solía comerse en estado inmaduro, lo cual provocaba grandes indigestiones en quienes las consumían.

Aquí se encuentra el punto de inflexión respecto de la medicina occidental. Mientras ésta se impone desde un sistema de oposiciones y representaciones excluyentes, la práctica de Fray Andrés rescata el lazo ritual, recarga de sentido la operación de la sanación, y así aumenta la eficacia simbólica de su acto (Le Breton 181-184). Esta situación, evidentemente, presenta un conflicto de legitimidad social respecto de las iniciativas gubernamentales. Se debate no sólo una representación y una práctica del cuerpo, sino el respaldo que significa la experiencia del curandero frente al academicismo de los médicos, es decir, a la autoridad de las instituciones republicanas. Fray Andresito está suturando esa grieta que abre la intromisión del poder público en la esfera más privada de todas; el propio cuerpo enfermo.

En estos encuentros con el dolor, Fray Andresito opera con gestos a los que añade una piadosa oración, o bien una manda a su Santa Filomena para atender con mayor solicitud a sus enfermos. Rezaba entonces Fray Andrés,

Dios te Salve, Roque Santísimo, nacido de noble linaje, eres adornado con el blasón de la fe en tu lado siniestro. Roque, yendo de lejanas tierras curas las pestilencias: tocando maravillosamente das a salud. Estés en buena hora, Roque, que movido de la palabra angelical, alcanzaste de Dios ahuyentar de todos la pestilencia. Rueda por nosotros, bienaventurado Roque, para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Dios, que al bienaventurado Roque prometistes una tabla, que le llevó un Angel, para que el que te invocare no sea ofendido de aflicción de pestilencia: concédenos a los que su memoria referimos, que por sus merecimientos seamos librados de la pestilencia. Por nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos. Amén (Villarroel 100).

Esta oración se encuentra en otro de los cuadernos de Fray Andrés y es transcrita por Villarroel en su *Vida de Fray Andrés García* para conocimiento público. Se repite la pestilencia como una enfermedad, lo que nos habla de una concepción del cuerpo en tanto permeable, basado en los humores y susceptible de ser contaminado por olores mefíticos o sulfurosos que a su vez están asociadas a un cuerpo moralizado.

Las ayudas de Fray Andrés ante la enfermedad se entretajan, mezclando remedios, gestos y oraciones. De esta manera establece una suerte de tríada entre la enfermedad, la curación y el milagro entendido como intercesión ante Santa Filomena, ante San Roque en el ejemplo de la oración y ante Dios mismo. Villarroel no se queda atrás y busca precisamente armar este tejido en su texto:

Para consolar y proteger a los necesitados, no contaba con más recursos que su palabra. Esta, al paso que humildemente impetraba del poderoso una limosna, iba un poco después a derramar con su dulzura un bálsamo consolador en las llagas del menesteroso, llevándole también su mano en socorro necesario (Villarroel 95-96).

En esta imagen que ofrece Villarroel se articulan dos momentos de la caridad de Fray Andrés: su palabra como consuelo y su acción médico-curativa. Tenemos noticia de varios bálsamos que utilizaba por fuente de su propia mano y de cómo los preparaba y para qué clase de situaciones, como ya he referido. Es notable cómo incluso algunas dolencias no asociadas necesariamente a una enfermedad son tratadas por Fray Andrés, quien manifiesta desde su intimidad una profunda preocupación por incluso aquellos que padecen desde un estado general de pobreza.

Para los dolores del estómago **producidos por debilidad** [escribe en sus notas], se aplica interiormente una infusión de cascarilla a pasto, o macerada con leche

por las mañanas. También tomar la leche con unas gotas de ron por las mañanas. Esto se aplica para las fatigas que puedan padecer. Los que padecen de flato, o hinchazón de vientre, se le aplica una infusión de cogollos de ruda o unas lavativas de la misma (*Recetas de Fray Andrés* fol. 1, énfasis mío).

De lo que se trata es de fortalecer, alimentar y no curar. Esta es una de aquellas grietas que nos permiten asomarnos a esa realidad cotidiana en la que se desplazaba Fray Andrés; la gente padece no sólo afecciones por enfermedades, también sufre de debilidad o hambre, es leche lo que hace falta y es posible aplicar *interiormente* una dosis reforzada con gotas de ron.

La enfermedad opera como el eje articulador entre las promesas de la medicina moderna y la calidez de la medicina tradicional que ofrece Fray Andrés. La medicalización de la sociedad implica una deshumanización de la misma: la profesionalización laica ofrece una *mirada clínica* sobre el problema de la enfermedad, al atender separadamente al sujeto del cuerpo de la enfermedad del enfermo, lo cual constituye un sujeto de estudio separado de su posición social. Como afirma Teresa Porzecanski:

Enfermar, y en especial para los sectores medios y bajos, sujetos a mutualistas o al sistema de salud pública, es entrar en un sistema institucional que despoja gradualmente al individuo de su “condición humana” . . . la institucionalización del tratamiento de la enfermedad supone en mayor o menor grado una violación permanente de la autoestima del enfermo, de sus derechos como sujeto adulto dotado de autodeterminación, y una desconsideración agresiva para con su cuerpo (100-101).

Fray Andrés, en medio de este proceso, no escapa a estas violencias, y consciente de ellas, acude a aconsejar, socorrer, o simplemente a acompañar a aquellos reclusos en lugares públicos.

No se limitaba su caridad a visitar a los enfermos en las casas particulares, sino que también iba de cuando en cuando a los hospitales para llevar a los miserables que sufren en ellos, la tranquilidad, la paz y la conformidad con el querer de Dios, así como algunos socorros conformes a su estado.

Finalmente todos los lugares en que podía dar algún consejo, proporcionar algún consuelo, dispensar algún socorro, le veían a su vez: es por esto que los

establecimientos en que espían los criminales sus delitos, así como aquellos donde se hallan reunidos algunos desgraciados, a quienes la miseria, la edad avanzada u otras causas los han obligado a cobijarse bajo la pura sombra de la caridad pública, recibían con más o menos frecuencia las benéficas visitas del compasivo Filomeno (Villarroel 102, énfasis mío).

Villarroel nos muestra las frialdades de esta modernización que se desarrolla en los centros públicos de la época: son establecimientos sombríos de la caridad pública a los que algunos desgraciados deben recurrir. Transversalmente, Fray Andrés recorría la sociedad toda para socorrer enfermos, haciendo caso omiso de su estatus social y movido principalmente por las virtudes heroicas de la caridad y la humildad que dibujan su figura. He ahí otra diferencia frente al modelo tradicional: Fray Andresito debe salir del convento tanto para ejercer de limosnero como para curar a sus enfermos, la ciudad se ha vuelto el campo de operaciones que antiguamente estaba reservado al convento.

Cuando los medios conocidos (preparados, lavativas, oraciones, emplastos, cocimientos, friegas o ayudas) no son suficientes, nuestro recoleto recurre a gestos aun más complejos para sanar. Es el caso de las *heridas lamidas*, que solía mejorar usando sólo su saliva.

¿Quién no podría afirmar en efecto, después de haberlo visto que hay algo de extraordinario en la sanidad casi instantánea, producida en un ojo irritado y tan horrorosamente hinchado que podríamos decir que se hallaba fuera de su órbita, con sólo pasar su lengua por él? ¿Quién no podría decir lo mismo al ver que con sólo hacer la operación anterior, y con aplicar un unguento insignificante, sane a una persona a los tres días de unas *lepras*, que habían resistido largo tiempo a los oportunos médicos y otros muchos caseros? (Villarroel 101).

Entonces la enfermedad se presenta sobrecargada de significación; se resiste ella misma a los médicos y a otros curanderos, cede sólo al gesto de Fray Andrés. “Médico con la ayuda de Dios” parece recordarnos la eficacia simbólica de este gesto que parece convencer y sanar. No son casos aislados, constituyen una parte importante de las obras de Fray Andrés, como es el siguiente caso en el que Fray Andresito se ofrece a curar a un sacerdote de la orden, superior a él en rango, y hacia quienes mantenía un celoso respeto.

No se atrevía a hacer remedios a los religiosos, y si se los pedían, se excusaba diciendo, que a ellos les era más fácil alcanzar la salud de Dios, que él con sus remedios o tibias oraciones, y solo a fuerza de ruegos y de súplicas solía acceder en este punto.

Sin embargo algunas veces su ardiente caridad lo impelía a obrar en favor de los pacientes, sin que su humildad se lo impidiese. Como prueba de esto referiremos el siguiente hecho.

Un sacerdote de esta comunidad dióse por un accidente un fiero golpe en una pierna, de lo que le resultó una herida bastante considerable. Hacían ya veinticinco días a que padecía de ella, sin que las muchas medicinas que se le habían aplicado, hubiesen producido efecto alguno favorable. Sin poder dar un paso, tenía que permanecer con la pierna colocada constantemente en una silla. Cuando Fray Andrés llegaba de la limosna le hacía sus visitas para informarse del estado de su salud; en una de ellas le encontró enteramente solo, y aprovechándose de esta circunstancia accidental, se le ofreció para lavarle la herida. El sacerdote accedió con placer a esta oferta, le desató entonces los vendajes y comenzó con la operación; mas de repente, y sin que el mencionado sacerdote pudiese evitarlo, limpió la herida con su lengua, en seguida esparció en ella algunos polvos insignificantes, la volvió a vendar y se retiró. Por entonces nada más hubo, hasta que vuelta a desatar la pierna se encontró la herida enteramente seca y por lo tanto sana (Villarrol 124-125).

Según lo narrado, podemos apreciar que no es importante lo añadido al gesto (unos *insignificantes polvos*), sino el gesto mismo. Y es que opera una suerte de limpieza: al ser Fray Andrés devoto y santo en su comportamiento, lo que provenga de su cuerpo ha de ser devoto y santo también, de tal manera que parte de esa sacralidad es canalizada en sus gestos y contactos. Como su cuerpo incorrupto viene luego a establecer su cercanía con lo sagrado, basta como participación del mismo, para así obrar con asombro entre los profanos y los problemas asociados a estos. Lo anterior no se explica sólo atribuyendo estos actos a una mentalidad susceptible de creer en lo maravilloso y milagroso, sino que es parte de un imaginario amplio de proyecciones y producciones, como una forma de darle sentido a las cosas y de la misma manera entenderlas.

Es, finalmente, una representación social por cuanto es un fenómeno que se genera en las intersubjetividades y de él se desprende el orden que

adquiere en la sociedad, para finalmente convertirse en un relato de matices míticos (Rodríguez 231-232). Ello no desfavorece en lo absoluto a nuestro recoleto, es más, lo eleva a su estatus de santo y héroe fuera del orden social establecido, al adquirir vida y espesor.

4. EL CUERPO PROPIO Y LOS DESIGNIOS DE DIOS

¿De qué manera asumía Fray Andrés el dolor y la enfermedad? Sabemos que ambos vienen aparejados de la voluntad divina, herencia del barroco, pero también es una manera de responder a la santidad como es debido. Narra Fray Manuel de la Cruz Villarroel:

En los extramuros de Montevideo había una carnicería, y Andrés se dirigió a ella para pedir limosna. La recepción que le hicieron la primera vez no fue nada halagüeña . . . apenas había penetrado en el gran patio que servía para los usos del establecimiento, cuando recibió en la cabeza un golpe tan fuerte, que en el acto cayó al suelo en un estado de completo aturdimiento. Nadie hizo caso de él, así es que cuando volvió en sí se halló en el lugar en que había caído. Si se le hirió, como es muy probable, él no lo decía, pues sólo hablaba de su aturdimiento.

Una de las veces que refirió este hecho, el que le oía le preguntó ¿qué había hecho cuando volvió del aturdimiento? *Qué había de hacer, dijo, me levanté, me sacudí la tierra, salí a la calle y seguí mi camino; y en él fui rogándole a Dios que perdonase al que me dio el golpe y a todos los que tuvieron culpa . . .*

Siempre que le sucedían hechos de esta naturaleza no cesaba de dar gracias a Dios porque **le proporcionaba esos medios de adquirir méritos para hacerse digno de la corona de la gloria**. En fin, de cualquiera clase que fueran las tribulaciones que tuviese que sufrir, siempre **las recibía con gozo** y se retiraba a su convento con más alegría que nunca, como si llevase consigo un gran tesoro . . . (37-38, bastardillas en el original, énfasis mío).

En el texto se narra y se enfatiza el gozo de recibir tribulaciones y dolores, ya que la resistencia a estas tribulaciones lo hace merecedor del afecto divino. El cuerpo se opone de modo tal que ese gesto vuelve digna la situación de degradación. La enfermedad y el dolor son situaciones degradantes por

cuanto el cuerpo abandona su correcto funcionamiento, su correcto estado. Recibir con gusto tales afecciones es una sobre-afirmación del cuerpo mismo, y constituye una forma de acercarse a ese Dios que premiará la preocupación por la trascendencia y no por la temporalidad: es el cuerpo una vía de acercamiento a lo religioso y a lo divino, no una forma de alejamiento⁶.

La enfermedad en el propio Fray Andresito actúa asertivamente, pues hace propicio el momento para la completa sumisión a Dios y lo conduce a una muerte tranquila y anunciada frente a lo que los *facultativos* no tienen ni pueden hacer nada. Narra Villarroel:

Pronto se dio la noticia de la enfermedad del querido Filomeno a nuestro inteligente enfermero, quien se apresuró a cumplir con su interesante empleo. Se acerca al enfermo, pregunta, investiga, las causas que han podido motivar una enfermedad contraída con tanta rapidez, y que presenta ya síntomas tan alarmantes; no descubre ninguna, pero la enfermedad está allí a su vista, activa, altamente peligrosa: es preciso no perder tiempo, es necesario atacarla, y, si es posible, vencerla; nuestro enfermero lo comprende así, por lo que sin tardanza alguna echa mano de sus conocimientos: aplica al paciente oportunos remedios, que debían detener la marcha rápida de la enfermedad: se espera este resultado con agitante ansiedad . . . pero en vano; **nada detiene el progreso de la fiebre maligna**: el mal estado del enfermo sobre la salud del Filomeno, y recibió por contestación estas dos funestas palabras. *Se muere* (143, énfasis mío).

Ante la enfermedad propia del recoleto no existen medios identificatorios, no existen remedios, no se sabe qué ataca con fiebres altas, sólo él, en su fuero interno, entiende que *el trato está hecho*. Los medios de los enfermeros, los médicos llamados y la ciencia moderna no tienen efecto alguno ante esta enfermedad, no porque la medicina no sea eficaz, sino porque *no tiene sentido*. Fray Andrés *debe* morir para limpiar con su sangre el pacto con Dios. Debe morir para ser santificado, es su entrega el sacrificio que vuelve

⁶ Esta tesis es sostenida y argumentada por Caroline Walker Bynum, quien parte de la discusión sobre la negación del cuerpo en religiosas medievales. Concluye la autora que aquella negación es sólo aparente y está sostenida por las tensiones sexo-genéricas, siendo la afirmación del cuerpo la hebra principal de las manifestaciones místicas (181-238).

al orden el caos del mundo. Es entonces cuando se heroifica su imagen: su *buena muerte* le llevará al encuentro por la *corona de la gloria*, y asimismo refuerza la santidad a la que apela Villarroel con su construcción textual (León 15 y 35). La enfermedad se erige como el medio más apropiado para encontrar la buena muerte que le propicia un sacrificio limpio, libre de violencias. No obstante estas fiebres habrían descompuesto la sangre del Filomeno, como cariñosamente lo llama Villarroel, su cuerpo demostró haber resistido incluso la corrupción de la muerte.

El cuerpo es el locus enunciativo para asumir la santidad, el sacrificio y la pureza; es también el foco que debe irradiar para curar y obrar en milagro. La vida de Fray Andrés se muestra como destello de santidad; se apaga al morir, la enfermedad lo carcome, pero es Dios mismo quien lo llama y lo requiere. Su enfermedad tiene otro estatus diferente al del resto de los cristianos. Es la obediencia que lo llevará a la santidad.

Le vimos atravesar el claustro al parecer sin gran dificultad, y ocultarse para no alumbrarlo más con sus virtudes: a la manera que en el último día de los tiempos la brillante lumbrera del mundo ocultó su disco resplandeciente en el Océano, para no volver a iluminarlo con sus vivificantes rayos (Villarroel 143).

5. CONVERGENCIAS Y PUNTOS DE FUGA

Si bien no es aislable el problema de la enfermedad del resto del imaginario que soporta la santidad, es el lugar de encuentro entre el actor y el mundo en aras de la modernización. Cabe preguntarse por otros modelos parecidos que existan en América y comparar qué elementos convergen y cuáles se distancian.

Creo que la enfermedad es un símbolo de carga performativa muy alta en los relatos hagiográficos, sobre todo cuando se enfatiza el sufrimiento del santo o santa y los merecimientos que recibe de la Santidad. Ello nos abre espacios para la comprensión de las experiencias corporales de los santos y Siervos de Dios, como es el caso de Fray Andrés, y nos adentra un poco más en el intrincado proceso que es el camino de su santidad. La enfermedad se inmiscuye en todo momento encarnando los temores sociales. Asimismo, las ciencias moderna y tradicional les ofrecen a nuestro recoleto medios para

abordar la enfermedad y el dolor, junto con apaciguar en los necesitados esos ruidos que no les ayudan en sus vidas cotidianas y, a la vez, opera para acercarlos a la devoción de Santa Filomena o a la Iglesia. Ambigua y compleja, es el escenario para atraer y alejar: la enfermedad actúa como una bisagra entre este mundo y el otro, y Fray Andrés busca, precisamente, corregir el desorden y hacer que todos se reúnan a meditar en torno a los designios y voluntades de Dios. Por eso su muerte es completamente necesaria: él sabe curar, él sabe remediar, mas no puede actuar cuando el llamado es realizado.

BIBLIOGRAFÍA

- Cerdeña Ruiz, R. y Andrés García Acosta. "El 'Frailito Andrés' (1800-1833)". *Serie Fray Andresito* (Santiago de Chile) n°10 (2003).
- Durand, Gilbert. *Mitos y sociedades. Una introducción a la Mitología*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2003.
- Jiménez, Lily y Hugo Rueda. *Imaginario de lo divino. Las devociones y los devotos de Fray Andresito y San Expedito. Chile, siglos XIX y XXI*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago de Chile Universidad de Chile, 2007.
- Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 2002.
- León, Marco Antonio. *Muerte y Santidad en Fray Andrés García (1853-1929)*. Santiago de Chile: Serie Fray Andresito N°13, 2006.
- Lorea, Antonio de. *Santa Rosa, religiosa de la tercera orden de S. Domingo, patrona universal del nuevo-mundo, milagro de la naturaleza, y portentoso efecto de la gracia. Historia de su admirable vida, y virtudes, que empieza desde la fundación de la ciudad de Lima, hasta su canonización, por nuestro santísimo padre Clemente Papa X. Y relación de los extraordinarios favores con que los sumos pontífices y nuestros catholicos reyes de España, la han honrado hasta oy*. Madrid: Con licencia: Juan García Infanzon, 1726.
- Millar Carvallo, René. *Santidad Popular- Santidad no Oficial. Un lego de la Recoleta Franciscana de Santiago en el Siglo XVII*. Santiago de Chile: Ediciones Alameda, 2006.
- Porzecanski, Teresa. "Medicalización y mitologías: los destinos del cuerpo físico y social". *La medicalización de la sociedad*. Coords. José Portillo y Joaquín Rodríguez. Montevideo: Editorial Nordam-Comunidad, 1993. 87-106.

- Quintana Bescós, R., ed. *Las causas de canonización hoy. Teología y Derecho*. Madrid: Delegación Episcopal para las Causas de los Santos de la Archidiócesis de Madrid (con licencia eclesiástica), 2003.
- Ribadeneira, Pedro de. *Vidas de Santos. Antología del Flos sanctorum*. España: Ediciones Lengua de Trapo, 2000.
- Recetas de Fray Andrés*. Santiago: Recoleta Franciscana, s/f.
- Rodríguez, F. “La representación social de la enfermedad y de la institución psiquiátrica en el paciente mental”. *Revista Espacio Abierto* 13.2 (2004): 229-247.
- Sagredo, Rafael. “Nacer para morir o vivir para padecer. Los enfermos y sus patologías”. *Historia de la Vida Privada en Chile. Volumen 2: El Chile moderno: de 1840 a 1925*. Coords. Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri. Santiago de Chile: Editorial Taurus, 2007. 10-57.
- Villarroel, Fray Manuel de la Cruz. *Vida de Fray Andrés García*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1858.
- Walker Bynum, Caroline. *Fragmentation and Redemption. Essays on gender and human body*. Nueva York: Zone Books, 1992.